

The book cover features a dark, starry background. A large, golden hexagonal frame is centered, with various botanical and animal illustrations. At the top, a blue bird perches on a branch with green leaves and a white flower. To the right, a cluster of red berries is shown. In the bottom right, a large, ripe peach with red and yellow skin is depicted with green leaves and small white flowers. Two bees are also present: one on the left near some leaves, and another on the right near the berries. The title 'VERDADES INMORTALES' is written in large, white, serif capital letters across the center, with 'RACHELLE RAETA' in smaller, yellow, sans-serif capital letters below it.

VERDADES INMORTALES

RACHELLE RAETA

GRANTRAVESÍA

VERDADES INMORTALES



VERDADES INMORTALES

RACHELLE RAËTA

Traducción de
Pilar Ramírez Tello

GRANTRAVESÍA

VERDADES INMORTALES

Título original: *These immortal truths*

© 2023 por R.Raeta

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Diseño de portada: Lesley Worrell

Ilustración de portada: Sybille Sterk / Arcángel

D.R. © 2026, Editorial Océano, S.L.U.

C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª

08015 Barcelona, España

www.oceano.com

D.R. © 2026, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2026

ISBN: 979-13-991155-0-5 (Océano España)

ISBN: 978-607-584-236-3 (Océano México)

Depósito legal: B 10045-2026

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9006025010726

*Para los dadivosos: espero que la próxima
persona a la que salvéis seáis vosotros*



UNO

*Hay belleza en la lucha, en que la vida empuje cuando
el mundo le dice que tire. La ve cuando ella resuella,
agita los brazos, se asfixia. Vestida de cenizas
y renacimiento, la mira a los ojos cuando el terror
da paso, poco a poco, al asombro.*

INGLATERRA

1185

El único recuerdo que guarda Anna de su hogar de la infancia es de cuando la sacaron a rastras de él.

El denso humo que le irritaba los ojos y le ennegrecía los pulmones, y el dolor del brazo cuando el guerrero tiró de ella hacia la calle. Recuerda que el calor parecía estar tan cerca que temía que el cabello castaño, que llevaba suelto, prendiera y ardiera con el resto de la casa. Entonces no era más que una niña. Lo que fue una bendición, como siempre le recordaba Fanny: de haber sido algo mayor, habría muerto.

Anna sabe que es mentira.

Fanny era ruda y de lengua afilada, pero también compasiva cuando importaba. Anna no tardó en aprender que las mentiras pueden ser más amables que las verdades y que algunos destinos son más crueles que la muerte. A diferencia de Fanny, las doncellas nunca eran tan discretas con sus cotilleos cuando Anna estaba presente, así que creció escuchando historias de terror sobre jóvenes secuestradas y obligadas a calentar las camas de sus captores al otro lado del mar del Norte.

Antes creía que, en ese sentido, quizá fuera un poco más afortunada que la mayoría. Servir a su señor era agotador pero soportable, y Fanny siempre era amable, a su modo. La mansión se calentaba gracias a unas chimeneas impresionantes en el invierno y la piedra labrada mantenía el interior fresco incluso en el peor de los veranos. Aunque nunca probó los lujos que se servían en la mesa del señor (bacalao conservado en sal, exquisito venado, cisne asado, pan hecho con la mejor harina y unas gotitas de miel), tampoco pasaba hambre. No cabe duda de que había casas peores en las que trabajar.

Entonces cumplió quince años.

Empezó en el pecho (sombras pálidas que adquirirían mayor definición en los bordes) antes de subirle por los hombros y la espalda. No sabía qué era, sólo que aquellas líneas dentadas y destañadas la asustaban tanto como sabía que asustarían a los demás. Logró ocultarlo durante un año, hasta que una de las encargadas de limpiar los dormitorios se lo vio.

Pasó otro año antes de llegar a oídos del señor de la casa.

Daba igual que no hubiera pruebas de ningún tipo de contaminación; daba igual que hubieran transcurrido dos años sin que se produjera ningún daño. Lo que importaba era que la cosecha de la temporada había sido escasa y que la enfermedad que se propagaba por la aldea era terrible.

Lo que importaba, lo que de verdad importaba, era que ella existía. Era fácil culparla. Era fácil desterrarla.

Anna cree que, en cierto modo, sigue siendo afortunada. Su vida es una jaula cuyos barrotes están hechos de pobreza y exilio. Arrancada de sus raíces y trasplantada en tierra extraña, se esperaba de ella que lo agradeciese. La suya era una tristeza silenciosa, nacida de no saber quién era ni de dónde venía antes de que asaltaran su hogar y la metieran en un barco, como mercancía, para venderla en el siguiente puerto. La tristeza de saber que anta-

ño consideraba propia otra lengua, pero, con el tiempo, la había perdido por completo. Ahora tiene veintisiete veranos y ni siquiera está segura de si le dio nombre su madre o su amo.

Pero está viva. Está sana.

Sabe que muchas personas en su situación no pueden decir lo mismo. Muchas a las que habrían matado en vez de desterrado, que no habrían encontrado nada más que sufrimiento y hambre al cruzar la frontera del bosque, en vez de refugio en una cabaña abandonada y las sobras de la vieja cocinera para la que trabajaba antes. Los parcos presentes que Fanny le pasaba a escondidas fueron lo que le permitió sobrevivir a los primeros inviernos. Le dieron tiempo a conocer el bosque, a comprender lo suficiente su idioma como para usar sus regalos. Los inviernos siguen siendo difíciles; en la cabaña hace un frío que cala hasta los huesos y sus provisiones siempre están a un tris de acabarse, pero sobrevive hasta la primavera. Y aunque nunca se siente saciada del todo, intenta recordar que una barriga hambrienta es mejor que una barriga vacía.

Con dedos diestros, arranca unas bayas de espino y las deja caer en la bolsa que ha formado con su andrajoso vestido marrón. Esta mañana todavía no se ha pinchado con las espinas, pero ha derramado sangre de sobra en esos arbustos a lo largo de la última década. Se los encontró el primer verano de su exilio; el hambre le roía de tal modo las entrañas que había agarrado las relucientes bayas a puñados y había pagado por ello con sangre. Da la impresión de que no puede pasar una estación sin entregar al menos unas cuantas gotas. Puede que por eso la arboleda dé tantos frutos.

Le gruñe el estómago, un sonido familiar. Anna lo calma con unas cuantas bayas, nada más. El verano es compasivo, pero no así el invierno. Ha aprendido que para sobrevivir a los meses fríos debe guardar todo lo que le sea posible durante los cálidos.

Le llegan voces a través de los árboles. Se queda quieta.

Los aldeanos no suelen frecuentar esa parte del bosque, nunca lo han hecho. Está demasiado alejada del camino y se tarda demasiado andando desde el pueblo. Lo único que le permite a Anna llevar comida a la mesa es que los lugares en los que ella recolecta son aquéllos en los que los aldeanos no lo hacen.

Las voces aumentan de volumen hasta que las reconoce como gritos de hombres. Con un deje de enfado. Una amenaza.

Están buscando a alguien.

Si lo consiguen, sabe que nada bueno le ocurrirá a la persona a la que encuentren.

Entonces oye unas hojas crujir tras ella y el ruido quedo de un paso. Sobresaltada, se lleva las bayas al pecho y se vuelve con el corazón en la boca, preparada para salir corriendo. Unos ojos oscuros enmarcados en pestañas oscuras le devuelven la mirada.

La desconocida permanece inmóvil como una cierva, envuelta en seda de colores tan vivos como las bayas que Anna ha recogido en su túnica andrajosa y sucia. Sus ojos, profundos y oscuros, son tan insondables como el cielo nocturno, y lleva el tupido y largo pelo de ébano recogido en una trenza que le cae sobre el hombro dorado. Es más alta que Anna, y su belleza es tal que la siente como una puñalada en el corazón. Porque sabe que los hombres que la buscan esbozan la crueldad en su sonrisa y blanden la amenaza de la muerte en sus manos; sabe que no se habrían molestado en perseguirla hasta allí por ningún otro motivo.

Otro grito, más cerca que el anterior, y Anna es consciente de que les queda poco tiempo.

Las bayas de espino que lleva recolectando toda la mañana caen al suelo cuando alarga un brazo para tomar la suave palma de la mujer en su mano callosa y manchada, mientras la mira con los ojos muy abiertos y suplicantes. No sabe si habla su idioma, no sabe si la seguirá, pero no es momento de preguntas ni de dudas.

—¡Deprisa!

Tira de ella y siente un gran alivio al comprobar que la desconocida no se resiste. Las bayas revientan al pisarlas, pero no importa. La mujer la sigue. Corren.

Anna conoce mejor que nada en el mundo esa zona del bosque. Se ha aprendido de memoria cada detalle y ha visto crecer los retoños hasta convertirse en árboles. Todos los días recoge leña para su fuego, ramas y hojas para su tejado, y comida para su mesa. Dejan atrás su punto favorito para recolectar setas de sombrero naranja y se mojan las faldas corriendo por el arroyo donde se baña y lava la suciedad de la ropa.

Aunque le arden los pulmones con cada paso que da, el pulso que le late en los oídos la urge a seguir adelante. El dolor del pecho no se diferencia mucho del hambre que siente en la barriga; por un lado está la comodidad y, por otro, la supervivencia. No le cabe duda del destino que las espera a ambas si los hombres (soldados, comprende de repente) las encuentran.

Nunca había sentido tanto alivio al ver el tejado mohoso de su cabaña a través de los altos robles y alisos, pero no se permite detenerse ni aflojar la mano con la que agarra a la mujer. Hasta que no están bajo ese tejado, con la puerta bien cerrada, Anna no respira de verdad.

Con las piernas débiles, se deja caer con la espalda contra la puerta mientras lucha por librarse de los puntos negros que le oscurecen la visión. En medio del suelo de tierra, la desconocida la mira; no tiene ni un pelo fuera de su sitio. Anna se limpia el sudor de la sien, aunque poco puede hacer con las perlas de sudor que le caen entre los omóplatos. Se humedece los labios resecos.

—¿Ha-hablas inglés? —le pregunta, entre jadeos.

La mujer ladea la cabeza, con la curiosidad pintada en los ojos negros. Se pregunta cómo puede mantener la compostura, cuando a ella todavía le cuesta hasta llenarse los pulmones de aire.

—Sí.

Anna asiente, cierra los ojos y apoya la cabeza en la madera mientras se esfuerza por calmar el aliento.

—Bien. Eso está bien.

—Gracias por ayudarme. —Su voz es una canción; lírica y dulce. Cuando Anna abre los ojos, se encuentra a la desconocida agachada frente a ella, con los brazos esbeltos y bronceados apoyados en las rodillas cubiertas de seda, y la barbilla sobre los nudillos. Lleva anillos de oro y dibujos tatuados en casi todos los dedos—. ¿Cómo te llamas?

—Anna —susurra ella mientras recorre con la mirada aquellos patrones tan extraños. Levanta la mirada—. ¿Y tú?

La mujer esboza una sonrisa traviesa al levantarse y ofrecerle una mano.

—Tengo muchos nombres. —Ladea la cabeza y, por un instante, parece que se está divirtiendo—. ¿Cuál me pondrías tú?

Anna titubea, desconcertada por su extraña respuesta (y por su pregunta, aún más extraña), pero acepta la mano que le ofrece.

—¿Quieres que yo te ponga nombre?

—Es lo más pertinente —responde ella, levantándola sin problema. Tiene una fuerza que parece poco corriente para lo delgada que está—. Dime, ¿quién seré para ti?

Es una petición tan estrambótica que niega con la cabeza.

—No sé...

Entonces ve lo que mira la desconocida y se le entrecorta la voz.

Su pecho.

Su piel marcada.

Anna se ruboriza y se sube más el cuello. Se le habrán aflojado las cintas durante la loca carrera hasta casa.

—No es contagioso —le asegura, aunque incluso a ella le suena poco convincente—. Creen que lo es, pero lleva ahí desde que era pequeña y no he sentido dolor ni han aparecido lesiones.

Unas manos bronceadas cubren las suyas para apartarlas con ternura. Anna está demasiado pasmada por su proximidad, por la delicadeza de su contacto, como para resistirse. La mujer frunce los labios.

—Green que es la lepra —dice.

Anna asiente, con un nudo en la garganta. Le tiemblan las manos, a la espera de la mirada de asco, del alejamiento, del abandono.

La desconocida deja escapar un suspiro que, aunque suave, está preñado de desdén.

—Necios.

Es tan inesperado que tarda un instante en darse cuenta de que no va a rechazarla. El alivio es tan fuerte que casi le entran náuseas.

—¿No te da miedo?

—En el mundo hay muchas cosas que temer —responde la desconocida, mirándola a los ojos—. Ésta no es una de ellas.

Anna traga saliva e intenta encontrar la voz en el nudo de emociones que hace que le duela el pecho y le ardan los ojos.

—¿Quieres... quieres comer algo?

No tiene mucho, apenas lo suficiente para compartir, pero, de repente, siente una desesperación creciente en su interior. Hace mucho tiempo que nadie se sienta a su lado. Que nadie habla con ella. Sacrificará una comida si con eso consigue que la mujer sin nombre se quede allí un poquito más.

Por la lástima que le ablanda la mirada, sospecha que la otra lo sabe.

—Sí, te lo agradezco.

Tras apretar las cintas del cuello, Anna se acerca a la esquina donde guarda su comida mientras la desconocida se sienta a su mesa, que es diminuta. El pescado seco, capturado en el arroyo tras grandes esfuerzos, es demasiado preciado, pero saca algunas

de las compactas galletas de bellota y unas moras que recogió el día anterior.

Cuando lo coloca todo en la mesa y ve las bayas dulces y oscuras, recuerda el botín que ha dejado atrás.

Piensa en la cascada de rojas bayas de espino que cayeron al suelo (en lo que sintió al reventarlas con los pies) y palidece. Seguro que los soldados lo ven. No conocen tan bien el bosque como ella, pero habría que estar ciego para no ver una huella y la comida abandonada sin comprender lo que implica.

Saben lo suficiente como para averiguar dónde vive.

—Tienes que irte —susurra intentando reprimir el temblor de la voz—. Antes de que vengan. Tienes que irte.

La mujer se mete una mora en la boca y la atraviesa con la mirada.

—Tienes miedo.

Anna traga saliva; tiene la garganta medio cerrada y le duele el pecho.

—Sí.

La mujer la observa.

—¿Te matarán por salvarme?

—Sí —responde con voz entrecortada.

Sospecha que quizá le hagan algo peor.

Otra baya rechoncha desaparece tras los labios carnosos de la desconocida, aunque su mirada sigue firme.

—Aun así, has decidido acogerme.

Es una afirmación, no una pregunta. Anna la responde de todos modos; niega con la cabeza y se apoya en la pared.

—No has hecho nada que merezca el infierno por el que te harían pasar.

—Ni tú tampoco, sospecho. —Se pone a tamborilear de forma rítmica en la mesa, como el latido de un corazón. Anna se queda atrapada en sus ojos, enredada en las decisiones tácitas

que ensombrecen sus profundidades—. La muerte no vendrá a por ti.

Anna no sabe si pretende consolarla o si se trata de una especie de plegaria, pero no es tan tonta como para creérselo. La muerte va a por todos y, a menudo, sin piedad; no le cabe duda de que acude en su busca en ese mismo instante, luciendo el rostro de los hombres del señor del lugar.

Abre los labios para hablar, sin saber bien qué decir. Entonces, tras meter las manos en los pliegues ocultos de su vestido, la mujer saca algo y se lo ofrece.

—Para ti.

Vacilante, Anna lo acepta. No se parece a ninguna fruta que haya visto antes. Le da la vuelta, admira la pelusa de la piel y se lo acerca a la nariz. Huele dulce, a verano y miel.

—¿Cómo se llama?

—*Táozi* —responde la mujer; le brillan los ojos.

—¿*Táozi*? —repite Anna, intentando imitar su pronunciación, aunque la palabra no le resulta conocida.

—O manzana persa —responde la mujer, encogiéndose de hombros—. Según a quién se lo preguntes.

—Te lo pregunto a ti. —Anna sigue sin entender por qué habla con acertijos, por más que empiece a comprender que lo más fácil es seguirle la corriente—. ¿Cómo la llamas tú?

—Un regalo —responde, y esboza una sonrisa enigmática.

Más acertijos. Se agota el tiempo; seguro que la muerte llama a su puerta antes de que transcurra una hora. Se ha pasado la última década luchando por sobrevivir. Ha temblado durante el invierno y sangrado lo justo para obtener la comida con la que aguantar hasta la siguiente temporada. En realidad, era inevitable que el tiempo que tanto le había costado conseguir acabara al fin escurriéndosele entre los dedos. Era inevitable que llegara el día en el que estuviera demasiado débil y cansada para resistirse.

Anna mira la fruta extranjera que sostiene entre las manos como el horizonte sostiene el sol al ponerse. El tiempo no es algo que le sobre en estos momentos. No perderá el poco que le queda; no se privará de un último momento de asombro.

Se lleva la fruta a los labios y muerde la carne, de modo que su zumo le llena la boca de un dulzor rayano en lo fantástico. Nunca ha probado nada parecido. Sabe que debería saborearlo, pero no puede parar y sigue dándole un bocado tras otro. Cuando llega al centro, ve que la carne es rosa, pero hueca, y se da cuenta de que falta algo.

—No tiene semilla.

—No.

—Pero ¿cómo?

La mujer observa lo que queda de la fruta y una expresión ausente le nubla el rostro.

—Los tesoros que no pueden replicarse son los más preciados.

Acertijos y nada más que acertijos, pero Anna está demasiado hambrienta para descifrarlos. Cierra los ojos y deja un momento en la boca el último bocado; saborea lo que cree que será su última comida e intenta no mancillar su dulzura con la sal de las lágrimas que le resbalan por las mejillas.

No quiere morir, aunque está demasiado cansada para huir de lo inevitable. Demasiado débil. Oye un susurro, algo raído y sin palabras que le retumba en el hueco del pecho. Una calidez entumecedora. El instinto, quizá; la única defensa de su mente frente al destino. O puede que sólo sea el último consuelo triste de su cansado corazón.

Un puño pesado se estrella contra la puerta mucho antes de lo que esperaba. Anna abre los ojos de golpe y también los labios, con una advertencia presta en la punta de la lengua... que muere antes de brotar. No hay nadie más en la cabaña con ella. La mujer

a la que ha salvado, la desconocida a la que había dado cobijo, ha desaparecido.

Los soldados echan la puerta abajo, la agarran sin miramientos por los hombros y se la llevan a rastras. Anna se lo permite, sin dejar de mirar el espacio vacío que, hace unos segundos, ocupaba una mujer de belleza y seda.

No es posible, pero no hay más rastro de ella que el sabor a fruta extraña que todavía le perdura en los labios. Un miedo paralizante la cala hasta los huesos al pensar en los acertijos con los que hablaba y en su belleza arrasadora, y se percata de lo que supone.

No era humana.

Antes de su exilio, se sentaba en los rígidos bancos de la iglesia para escuchar los sermones del reverendo con el resto del personal. Recuerda que siempre los advertía sobre el diablo y sus trucos, y sobre las consecuencias para los que compartían el pan con él. Anna ha caído en la trampa del diablo, tentada por una fruta, igual que Eva con la manzana. Mientras la tierra bajo sus pies da paso a una arena basta, mientras ve la pira improvisada y la multitud reunida en la playa remota, sabe que se ha condenado ella sola.

El miedo la sobrecoge. Se había resignado a morir, pero no así, no torturada. Un grito le desgarró la garganta y forcejea con las manos de hierro de los soldados, con lo que sólo consigue que la sujeten más fuerte. Nota sus dedos magullándole la piel. Cuando le atan las manos al poste, rodeándole las muñecas con el basto cáñamo, los sonidos estrangulados que le brotan de los labios adoptan la forma de palabras.

—¡¡No, por favor, no!!

Levanta la vista e intenta buscar compasión en los ojos de los presentes, pero no encuentra ninguna. Le devuelven la mirada, y los susurros se retuercen como serpientes al salirles de la lengua

para hablar con sus vecinos. Y Anna sabe que no encontrará bondad en ellos. Están encantados de verla morir. Es un alivio tener una excusa para librarse de ella. La leprosa que se escondía en el bosque y se negaba a morir. La que no se arriesgaban a matar en la plaza del pueblo por si su sangre estaba maldita.

Ahoga un sollozo porque las ataduras de las muñecas le aprietan más. Cuando terminan de sujetarla al poste, el hombre la mira con desdén y escupe a sus pies.

—Bruja, puta del diablo.

—¡No es verdad! —grita ella. El sabor dulce que todavía nota en la lengua ha dado paso a la sal amarga del aire marino, las lágrimas y los mocos—. No es verdad.

La voz del sacerdote del pueblo surge con estruendo delante de la multitud.

—No digas más mentiras, vil criatura. —Anna lo reconoce; es el mismo que, diez años antes, gritó que la mala cosecha era culpa suya, que era el castigo divino por amparar a una pagana extranjera tocada por el diablo. Se vuelve hacia los presentes—. ¿Cómo va a sobrevivir una mujer sola en el bosque si no es con la ayuda del diablo? ¿De qué otro modo iba a poder ocultar a la malvada ramera que mató a nuestro señor? ¿Cómo si no...?

La sangre que le ruge en los oídos y el viento frío del mar que le irrita la cara y le enreda el pelo impiden que oiga lo demás. Se queda mirando sin ver el trecho de playa tras la muchedumbre y recuerda la sensación de la arena bajo los pies descalzos cuando llegó allí de pequeña. Es bastante apropiado que pierda la vida en la misma orilla en la que perdió la libertad.

Algo se mueve en el árbol muerto que tiene enfrente. Posado en la madera pálida y azotada por el viento hay un cuervo que la mira con ojos astutos. «Un mal presagio —decía siempre Fanny—. Señal segura de que la muerte no está lejos». Reconoce algunos rostros entre el gentío, pero la vieja cocinera no está entre ellos.

Se pregunta si su cuervo ya habrá volado o si es la única persona que no desea verla arder. Espera que sea lo segundo.

Encienden una antorcha cuyas llamas son una gota de color en un mar gris. Preciosas y mortíferas, igual que la desconocida que ha sellado su destino. Las astillas de la base prenden, las llamas crecen y lamen la paja que tiene bajo los pies. Grita, aunque el sonido sale amortiguado por culpa de la garganta inflamada y el humo que le atrofia los pulmones.

No puede mirar. No quiere que lo último que vean sus ojos sea el chasquido del fuego junto a sus pies y la piel ampollándose. En sus últimos momentos, quiere belleza. Mira más allá de los rostros desdeñosos y busca al cuervo a través del humo. Si lograra concentrarse en esos ojos oscuros e inteligentes, perderse en su reluciente plumaje, quizá pudiera llevárselo todo consigo al otro mundo. Sin embargo, no es el cuervo el que está posado en la rama, sino la desconocida a la que salvó. La mujer se lleva un dedo a los labios, con los ojos rebosantes de esperanza y advertencias. «Confía en mí», dicen.

Anna baja la vista, ve las llamas acariciándole la piel, comiéndose el dobladillo de la túnica para después seguir subiendo y subiendo. El dolor es atroz, aunque no se le ampolla la piel. No se ennegrece. «Una alucinación —piensa—. Seguro». El desesperado intento de su mente de consolarla para soportar el dolor. Detrás de ella, la cuerda que le ata las manos se achicharra y deshilacha hasta que le ceden las rodillas y las fibras se rompen. El rugido que oye en los oídos se traga su grito, hasta que no está segura de dónde empieza uno y acaba el otro, y se le nubla la vista...

Abre los ojos y mira al cielo. Sobre ella, las cenizas flotan como semillas de diente de león al viento. Le llegan los chillidos de las gaviotas y el rumor de las olas.

Viva.

Está viva.

Cuando se levanta, está sola; el pueblo se ha ido y sólo quedan sus pisadas en la arena como prueba de su presencia. La ceniza le mancha la piel desnuda y le apelmaza el pelo. Se mira las manos y el cuerpo, sucio pero entero, y siente que se le acelera la respiración.

Una capa le cubre los hombros y alguien le susurra al oído:

—¿Acaso no te lo dije, Anna? La muerte no vendrá a por ti.